

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

El trabajo intelectual

En el automóvil de un amigo he recorrido estos días algunos pueblecillos del litoral francés. Rubén Darío, nuestro querido poeta, ha llamado al automóvil, en su famosa *Epístola a la señora de Lugones*, «devorador de viento». Nada explica este modernísimo y maravilloso artefacto mejor que esta frase. Atravesar velozmente, vertiginosamente, llanuras, ascender y descender, con la misma rapidez, por las montañas que escalan las carreteras, tragarse el camino. *Devorar el viento*: esto es, en resumen, lo que hacen los automóviles. Los paisajes pasan súbitamente; se alejan los árboles y las casas en un instante, y el viajero que va cómodamente arrellanado en tan admirable vehículo, siente la necesidad, el ansia de que la velocidad aumente, crezca, y que lo que es un minuto se convierta en un segundo. La aspiración secreta y profunda del automovilista consiste en anular, en destruir el tiempo y el espacio. En general toda la obra de la civilización tiende a esta aspiración: a hacer cada vez menores el espacio y el tiempo. Así, a medida que la civilización va aumentando, la vida se va tornando más intensa; son más rápidos y múltiples los sentimientos, y con la multiplicidad de las sensaciones, como existen más puntos de apoyo en la conciencia para el recuerdo, venimos a parar a una singularísima paradoja: la de que a la vez que suprimimos el tiempo con el perfeccionamiento del maquinismo; a la vez, repito, que estrechamos el presente, alargamos indefinidamente el pasado, puesto que la sensación de lo pasado es tanto mayor cuanto mayor ha sido el número de las cosas que nos han ocurrido ó que hemos hecho en un tiempo determinado.

No vienen descaminadas todas estas reflexiones en el caso presente. El enlace de la idea de tiempo en un viaje por el litoral francés comprendido entre Hendaya y Biarritz, lo verá el lector cuando digamos que por estos parajes anduvo en 1876, no veraneando, sino invernando, un hondo y generoso filósofo que hizo objeto de sus meditaciones la *génesis de la idea de tiempo*. Conocidísimo es el libro de Guyau así titulado. Al pasar ahora por Guethary y por Biarritz he recordado, como otras veces, el nombre y los trabajos de este originalísimo pensador. En las dos poblaciones citadas, en la elegante y bulliciosa Biarritz y en la silenciosa y tranquila Guethary ha fechado Guyau algunas de las más bellas poesías de su libro *Versos de un filósofo*. En Guethary escribió, por ejemplo, el filósofo su poema *El pensamiento y la naturaleza*. Unos niños que corrian por la plaza triscando y jugueteando con las olas le inspiraron a Guyau estos versos de una honda é inefable melancolía. Como esa olas—decía el poeta—somos nosotros, los humanos; vamos y venimos sin cesar, eternamente, en oleadas de generaciones. Un poco de espuma blanca, nitida, finísima es la inteligencia: la inteligencia que es el producto más sutil y delicado de la evolución universal. «Flor de claridad, ligera espuma de las odas sordas», la inteligencia brilla, fulge, irradia en lo alto de todo, en la cúspide de la vida, y luego desaparece...

Cuando el filósofo Guyau estuvo por estas bellas costas de los Bajos Pirineos, ya su salud estaba profundamente resentida. Más tarde, cuando la enfermedad que le mató se hizo más grave, Guyau dejó el brusco y tormentoso Océano para ir en busca del claro, limpio, azul y calmoso Mediterráneo. Junto a uno y otro mar escribió el filósofo bellas páginas de prosa y delicadas poesías. La tranquilidad que ansia todo pensador, todo artista, la encontró Guyau frente al mar de plata y frente al mar azul. El sosiego de esos lugares explica sin duda mucho de la seriedad y de la armonía en la prosa del pensador francés. De contar con un organismo sano y fuerte que le hubiera permitido vivir en un trabajo ruidoso, en una actividad tumultuosa ¿hubiera sido el mismo el ritmo del pensamiento en Guyau? Los artistas y pensadores que más admiramos, un Shakespeare, un Cervantes, un Goethe, por ejemplo, ¿cómo hubieran sido si hubieran vivido en otra atmósfera distinta de aquella en que vivieron, con métodos de vida cotidiana distintos?

Si a Kant, el hombre inexorablemente metódico, ferozmente amigo de la simetría, hasta el punto de sentir angustia, malestar físico, cada vez que veía un mueble ó un objeto colocado un poco de distinta manera de cómo estaba siempre; si a Kant le hubieran trastornado todos los días la casa dos ó tres niños traviesos, ¿hubiera podido escribir la *Crítica de la razón pura*? O mejor: esa *Crítica*—porque la hubiera escrito de todos modos—¿sería tal como hoy la leemos?

Sobre el trabajo intelectual existen multitud de prejuicios y prevenciones. Los mismos literatos y filósofos contribuyen a crearlos y divulgarlos. Creemos, por ejemplo, que la quietud y el silencio son requisitos indispensables para la con-

cepción y alumbramiento de las bellas y fecundas obras, y los hechos se encargan de demostrar a cada momento lo contrario. «El sosiego, el lugar apacible—escriben Cervantes en el prólogo del *Quijote*—la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento.» ¿Ha leído bien estas palabras el lector? Pues ahora recuerde que esta misma obra, una de las más admirables de la literatura universal; esta misma obra en cuyo prefacio se escriben tales palabras, fué concebida en una prisión—la de Sevilla—y trazada por un hombre en perpetua inquietud, en constante desasosiego, atosigado por la pobreza, hostilizado por el desdén de sus contemporáneos. Lo que en esas palabras se expresa era un ideal en Cervantes; soñaba el inmortal novelista en la serenidad, en la quietud, en el silencio, en la placidez para poder componer su obra; pero su obra salió sin todo eso, en la baranda de una cárcel y en el constante y azaroso peregrinar por los caminos.

Cada escritor ha tenido y tiene su método de trabajo. Tomás Carlyle amaba apasionadamente el silencio; el más leve ruido le desazonaba; su mujer, (uno de los más admirables espíritus femeninos que haya producido la sociedad inglesa), su mujer se esforzaba en procurar en la casa a Carlyle el más profundo silencio. ¿Hubiera escrito el pensador inglés sus libros entre el estrépito de una mansión agitada y ruidosa? Seguramente que sí. Teófilo Gautier, en cambio, amaba el ruido y las entradas y salidas de sus hijos en el despacho mientras estaba trabajando; se detenía en mitad de la tarea y leía en alta voz a los visitantes las cuartillas ya redactadas; se interrumpía frecuentemente para intercalar una charla, entre cuartilla y cuartilla. ¿Hubiera Teófilo Gautier podido escribir en el silencio y en la placidez? Seguramente que sí. La fuerza de la personalidad está en la subconsciencia; lo subconsciente es quien trabaja sin que el artista se percate de ello. Como esos árboles que crecen entre las anfractuosidades de las rocas, la fuerza de lo culminante se abriría camino también, a pesar de todo, contra todo, hasta llegar a exteriorizarse, a adjetivarse, en la obra de arte. Y el artista amante del silencio se adaptaría al ruido, y el amigo del estrépito se habituaria al recogimiento.

AZORÍN.

San Sebastián, septiembre

Cotidianas

Muy natural es que andemos precavidos después de haberle visto las orejas al lobo, y que nos pongamos la venda antes de que por segunda vez nos descalabren. A los cuatrocientos gallegos del cuento les dejaron en pelota cuatro salteadores, porque los pobrecitos iban solos; y poco más ó menos les sucede ó puede sucederles a los eternos plañideros que sólo se acuerdan del parrarrayos cuando relampaguea y achacan al vecino la culpa de que no poco tanto les cabe por su indiferencia cívica.

Claro está que si recontaran sus fuerzas y formarían en columna de honor cuantos están convencidos de que el orden social y la paz pública sólo pueden apoyarse establemente en el imperio de la justicia distributiva, resultarían superiores en número, calidad, decisión y energía a los que se empeñan en contrariar simultáneamente las leyes biológicas de la sociedad recurriendo a la violencia, al odio y a la destrucción que forzosamente han de engendrar sus semejantes. Por desgracia no basta el lamento a remediar la cronicidad del mal ni son suficientes los arrepentimientos de última hora para dar eficacia positiva a la concentración de todos los hombres mercedores por su buena voluntad de que la paz descienda del cielo. Las impurezas de la realidad, que en este caso concreto encarnan papirídicamente en triquiñuelas administrativas, niegan el voto a los ciudadanos no inscritos en las listas electorales así sean más listos que una cogullada y más monumentales que el mismísimo Colón.

Pero ¿quién tiene la culpa de que al ciudadano cuyo amor a la nativa tierra tan briosamente se enardece en momentos críticos, le hayan quitado el voto, como le ocupan el revólver a su revolucionario enemigo? No creo que la tenga el Cha de Persia ni el emperador de Trebisonda ni el archipámpano de las Indias, cuanto menos el municipal de punto. La tiene el mismísimo interesado que, en el verdadero momento crítico de la rectificación de listas, acompañaba la sosegada toma del matinal chocolate con la lectura de algún enérgico comentario del periódico de su predilección, y lo recomentaba con entusiastas muestras de asentimiento y exclamaciones vehementísimas de: ¡eso está bien! ¡admíralo! ¡el jasi lo habíamos de hacer todos! ¡colosal!

Y mientras se entrega nuestro pacífico ciudadano a estas dilataciones de su yo interno, remojadas en el espeso socorusco, indispensable, para la manutención de su yo eterno, bostezan y se desmerecen ó se engolfan en la lectura amenísima de anuncios y folletines los empleados del negociado de rec-

tificación en espera de que vayan a rectificar quienes nunca llegan.

Si las listas están hoy como ayer y por las trazas estarán mañana como hoy, no extrañemos que de los mismos factores resulte matemáticamente el mismo producto.

ALFÉNIQUE

Cartas de un filósofo rústico

a un urbano de Barcelona

VI

Urbano amigo: En el supuesto de que no se hayan hundido las esferas con esto de la suspensión de garantías, vuelvo a escribirle, espantado por los vaticinios del corresponsal de LA VANGUARDIA, en París. Anuncia en ingenioso escritor para el cercano invierno hambres y frios rigurosos; y si no del frío, por lo menos del hambre, le da la culpa, en gran parte, a la estrechez de las faldas de las mujeres, que tanto me dieron que pensar a mí durante mi *tournee* en Barcelona. Ya me imaginaba yo que esas faldas sin cola sin cola habían de traer algún día. Pero no solamente sucederá esto, sino que además su falta de vuelo nos traerá un revuelo de todos los diablos. Ya ve usted como hasta los filósofos rústicos, cuando viene el caso, jugamos también del voluble.

Pero a mí, quizá por rústico, no me satisfacen las razones del corresponsal, porque si por la falta de esas colas y esos vuelos hay menos trabajo en las fábricas de telas de todas clases y aun de bordados y de botones y corchetes, no es justo que recriminemos a una moda que, aunque ceñida a las formas, al fin y al cabo, y por esto mismo, es parca y económica, y todo lo que en telas y botones no se gasta, en pan y carne se puede invertir.

Lo malo será que sobre el hambre que nos amenaza, se dieran nuestras mujeres a dar a sus faldas gran vuelo y cola, sólo por el gusto de que vendan más los fabricantes de los generos que ellas usan. No, urbano, no; no seamos pobres y tontos, amén de que lo que no gastan las mujeres en ropa, lo gastan en bolsos, y si los obreros tejedores pierden trabajo, los peloteros lo ganan, y podría ocurrirnos a los que tenemos mujer é hijas, que sin disminuir el bolso, que es un chisme que les ha caído en gracia, aumentarían luego las ropas por docenas de varas.

Precisamente entiendo yo, urbano amigo, que el hambre no viene por la economía, sino por el derroche: ese derroche que empieza por los Estados, sigue por los Municipios y hace su explosión en los individuos y las familias. Gastarán ellas, las mujeres, menos bordados y menos plumas y menos bolsos y menos telas y no tendrían necesidad el industrial ni el comerciante de llevar a su casa tantos beneficios ni el empleado de sudar tanto y exponerse a cada momento a prevaricar ni el obrero se quejara tanto de lo exiguo de su jornal, porque los bolsos y los vestidos y los bordados y los sombreros, aunque parezca que no, aumentan el precio de la manteca y de la harina y de la carne y de cuanto comemos y bebemos, sin contar lo que ellos solos y por sí yase llevan de calle.

Me permitirá usted que me extienda un poco en este punto, porque no sé qué punto calzan sus urbanas entendederas, ni si es usted vivo ó tardo en el cazar al vuelo las ideas. Quiero decir que si un industrial ó comerciante de treinta años atrás negociaba, pinto el caso, con un capital de cien mil pesetas, para mantener a su familia y ahorrarse todos los años veinte mil reales, le bastaba con ganar un diez por ciento sobre el tal capital, mientras que ahora, el mismo industrial con las mismas pesetas, tendrá que ganar el quince por ciento para mantener a la misma familia, porque ésta no sabe vivir con cinco mil pesetas al año, pues en sombreros y tocados solamente para las chicas y la mamá se le van más de la mitad, sin contar los mayores alquileres y el mayor confort y la mejor comida y el salario de las sirvientas y, en una palabra, la legión de pequeños despilfarros que antes no tenía... y no cuento los de él, del amo de la casa, que al fin del año también suman un pique.

Todo lo cual ha de salir del beneficio del negocio, —y si no sale, quiebra al canto,—y, por lo tanto, lo natural es que suba el precio de las cosas, y así ha subido tanto todo, porque lo que digo del industrial y del comerciante, lo digo también del propietario y del naviero. Y para que vea usted que no miento, cuando digo lo que digo, fíjese usted en una cosa. Hacíe treinta años, la mujer del negociante con un capital de veinte mil duros, usaba mantilla; pues una mantilla costaba diez duros, y podía ser muy buena, y duraba, no ya una vida, sino varias, tanto, que pasaban de madres a hijas y aun de abuelas a nietas...

Calcule usted que ahora la mujer de un negociante con veinte mil duros, lo menos que se encasqueta es un sombrero de cien pesetas, y, suponiendo que no use más que dos al año, son doscientas pesetas todos los años, que multiplicadas por los cuarenta de una regularidad matrimonial, son ocho mil pesetas y otras ocho mil de la hija mayor son diez y seis, y ocho más de la menor son veinticuatro, es decir, una fortuna en sombreros, cuando las tres mantillas costaban treinta duros, y aunque las ponga usted en sesenta. Y lo que digo de la mantilla, digo de las sayas y del corpiño, y por ahí.

Ahora encadene usted eso con lo demás de la vida moderna y al comerciante con el industrial y a los dos con el propietario y a los tres con el obrero y el empleado, y verá usted cómo unos a otros se empujan y todo ha de salir de lo mismo: de los productos de la tierra y los productos industriales, y más claro, de la patata y del trigo y de la carne y de la tela y del zapato, y, en una palabra, que todo ha de subir su precio.

Y para acabar de jeringarnos, ponga usted los impuestos del Estado y los arbitrios del Municipio. ¿Municipio dije? Ya le vendrá su su hora; y por lo pronto hablemos de ese método en todo y arrámbalo con todo que se llama Estado moderno. Ande usted, señor urbano, y vea usted si puede volar hasta donde

nos está volando él con el pincho de sus impuestos y gabelas y dígame cómo es posible que se pueda vivir, cuando usted sabe ó debe saber que al fin y a la postre el gran economista de nuestros tiempos fué aquel baturro que al ver un eclipse, experimentado él y viejo zorro, exclamó:

—Ya verás, maño, como esto acaba en que nos suban el yino.

Porque si no sobre el vino, viene a recaer todo sobre las demás cosas y tan más necesarias que el vino.

¿Las faldas estrechas y ceñidas, eh? Los mil derroches del Estado, de la Provincia y del Municipio, como decía el diputado por este pueblo: el riego de millones que por tal y por cual concepto se está haciendo desde los gobiernos de todas las naciones; un riego que sale del pozo artesiano del pueblo y del que no es pueblo y que se resuelve en el mayor precio de las patatas y el bacalao y el trigo... De tal manera, urbano mío, que uno de estos rústicos me decía que todo esto de Ministerio de tal cosa y Ministerio de cual otra y Dirección General de esto é Inspección de lo otro no son más que excusas para ir gastando los dineros de los españoles.

Y no sabía él ¡ay! que no solamente para ir gastando los dineros de los españoles actuales, sino los de las cuatro ó cinco generaciones que todavía han de nacer.

EL LICENCIADO PABLILLOS.

Hojeando la prensa

De La Epoca:

«Continúa el desfile de testigos en pro de la justicia y del acierto con que procedió el bienhechor Tribunal militar que condenó a muerte a Francisco Ferrer y Guardia.

Ya hemos subrayado el hecho de que uno de los primeros actos de la autoridad en Valencia, para ahogar el movimiento revolucionario-anárquico de los pasados días, fué la clausura de la Escuela Moderna y la prisión de su actual profesor, Casasola, uno de los íntimos de Ferrer.

Pues hoy en *El País*, nada menos que en *El País*, y en una crónica de su corresponsal en Barcelona, viene otro testimonio.

Uno de los asientos de aquella resolución justísima fué el hecho de subvenir Ferrer a la labor de la Solidaridad obrera, cuyos directores lo fueron de la rebelión. Los ferreristas negaban ese hecho. Pues hoy leemos en *El País*:

«Solidaridad obrera no tiene dinero. Lo tuvo mientras vivió Ferrer, y por esto no desdenará en ninguna ocasión el dinero del extranjero.»

«¿Está claro?»

Pues otro de los hechos fué la labor de Ferrer cerca de Ardid para ensanchar la revolución. También eso ha sido negado por los ferreristas. ¡Qué apóstrofes dedicaba a ello en el debate del Congreso el gran don Melquíades, el minúsculo!

Pues hoy leemos en *El País*: «Ardid echó a Ferrer de la Casa del Pueblo, cuando aquél iba a proponer a los radicales la revolución.»

«¿Está terminante?»

**

Del Diario Universal:

«En toda esa logomaneja de la conjunción no hay más que una aplicación del cómodo sistema de sacar las castañas del fuego con mano ajena.

Si esa rrazón se ha producido ya en la clase obrera, ¿cómo no había de darse por igual en las demás clases sociales? La clase media, la más desamparada siempre, la más meritosa también y la que realmente dió siempre su sangre por la libertad, se ha penetrado por completo de que ni puede ni debe seguir contemplando pasivamente el espectáculo de esas supuestas agitaciones obreras, tras de las cuales se ocultaban fines políticos profundamente anárquicos, que ahora han dejado sangrienta huella en Cullera, en Zaragoza y en Bilbao, y que si no han enlutado para siempre a la patria han sido gracias a la entereza y al acierto con que el señor Canalejas ha procedido.

La respuesta del presidente a los conjuncionistas es en este punto muy expresiva; pero aun podía decir más recordando a los que sin razón alguna le calificaron de inhumano en la represión que toda la sangre vertida lo ha sido por las masas salvajes, lanzadas inconscientemente a una revolución imposible por predicaciones fáciles.

Para el país ese recuerdo no era necesario, y lo demuestra el resurgimiento de la voluntad nacional de que venimos hablando, y que puede ser la redención definitiva de la patria. Librándola de esa lepra de vociferadores inconscientes ó demasiado conscientes: la conciencia y la voluntad nacional, que al resurgir muestran su vigor reclamando puestos de peligro y de honor en Africa y en Sueca, han de ser el mayor y más eficaz auxiliar de la patriótica política del señor Canalejas.»

**

Del corresponsal de Las Provincias, en Madrid:

«La huelga ha terminado, sin duda, por el fracaso del complot revolucionario, y aunque algunos aseguran que el movimiento se repetirá con el pretexto de protestar contra las operaciones militares en Africa, se cree que los obreros viven muy quebrantados por los manejos de los agitadores.

¿Por qué se declaró la huelga? ¿Por qué ha terminado? Porque quiso Pablo Iglesias en combinación con los republicanos. La terminación ha obedecido al fracaso. A éste ha contribuido la protesta de la opinión y el hecho de que los periódicos agitadores constantes de la cuestión obrera y republicana, se han colocado resueltamente al lado del gobierno.

En los obreros ha producido amargura algo de lo sucedido ahora en comparación con lo que pasó en época análoga. Ahora los que más han combatido a los huelguistas han sido los diarios que en el tiempo aludido, cuando ocupaba el gobierno el partido conservador, les acompañaban a la huelga. Y no solamente les han combatido ahora, sino que han procurado una defensa extraordinaria, poniendo todos los medios, hasta apelando a cajistas militares para su publicación.

Al partido conservador se le decía que todos los tunantes que chillaban en París y en otros puntos eran la intelectualidad europea y que cuantos se agitaban aquí formaban el alma de la patria. Ahora se ha hablado del dinero francés, de los sindicalistas de la Confederación General del Trabajo, de complot revolucionario...

¿Por qué ahora sí y entonces no? Las circunstancias y los actores han sido los mismos. Han variado únicamente algunos aspirantes a manejar el teatro, los cuales ocupan ahora los sitios que anhelaban y cobraban lo que querían.»